

PUNTOS
DE SUSCRICION.

Los mismos que
los del COMER-
CIO.

LA MODA



PRECIOS
DE SUSCRICION.

Para los suscri-
tores á EL COMER-
CIO 4 rs. al mes.
Para los no suscri-
tores 6. Para los
de fuera francos 7

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATRO, COSTUMBRES Y MODAS.

SALE TODOS LOS DOMINGOS

A NUESTROS SUSCRITORES.

Por dar lugar á varias composiciones poé-
ticas dedicadas á nuestra augusta *Reina* en
los dias que se celebra la festividad de su
proclamacion, dejamos de publicar la hoja
de novela que correspondia á este número.
El Domingo próximo principiaremos la lin-
disima novela del ilustrado y fecundo escri-
tor *Eugenio Sue*, titulada el *Comendador de*
Malta, que esperamos sea del gusto de nues-
tras amables suscriptoras.

CORRESPONDENCIA FAMILIAR.

CARTA DE UNA VIUDA.

Señor redactor de la MODA.—Muy señor mio:
Largo tiempo he dudado si deberia ó no dirigirme
á usted á fin de que insertase mis lamentaciones en
su inofensivo periódico dominical, y en verdad y á
fe de honrada viuda que no me faltaba razon para
ello. Llámase su papel, *Revista de literatura, tea-
tro, costumbres y modas*; va usted á ver el único de
estos títulos que puede cuadrarme, y eso á pesar
mio.

A fuer de víctima del monte pio dicho se está
que lo primero no habla conmigo. La literatura en
ayunas huele á superfluidad, y entre una novela y
un panecillo la eleccion no es nada dudosa. El tea-
tro es para los que pagan, y yo no trato sino de que
me paguen á mi. Las modas se están muy bien en
las vidrieras de Elias ó de Cortés, porque por to-
da la hoja de servicios de mi difunto no es proba-
ble quieran darme un solo moño de aquellos. Rés-
tanme las costumbres, y aquí me agarro, como que

es la única tabla que me puede salvar. En efecto,
costumbre es ya en España el no pagarnos, y ba-
jo este punto de vista, una viuda entra de dere-
cho en un cuadro de costumbres contemporáneas.
Queda pues probado en mi humilde entender que
puede usted sin escrúpulo de conciencia dar un lu-
gar en su semanal revista á esta mi carta, si bien
colijo que ni usted ni yo háyamos de adelantar na-
da con ello.

Supuesto lo dicho convendrá usted conmigo
en que pocas cosas hay que abran el apetito co-
mo el ver que otros comen, y así no es de extrañar
que haya hecho en mí el programa de las funcio-
nes de estos dias el propio efecto que pudieran un
par de tomas de tintura de quina. Cuéntanse allí
por muchos miles las hogazas de pan que han de dis-
tribuirse; la tropa, los quintos, los prisioneros, los
pobres de la beneficencia, los encarcelados, hasta
las monjas, todos tendrán su socorrito; en una pa-
labra, podré decir lo que el *Gastrónomo en Vista*
alegre: «Está visto; hoy come todo el mundo, me-
nos yo.»

No vaya á coleccionar de aquí que mire de mal
ojo al ayuntamiento porque entre estas partidas
de reparto no nos haya incluido á nosotras. Nada
de eso. Ni á él le atañe el pagar deudas ajenas,
ni fuera precedente racional para otro dia; pues es
seguro que á saberse por ahí fuera semejante prodi-
galidad habian de venir aquí hasta desde Pamplona
para cada fiesta caravanas de clases pasivas, co-
mo antes venian de pobres para el Jueves y Vier-
nes Santo; de forma que los tesoros de Creso no
fueran bastantes para taparnos la boca.

Ahora bien, como la peor de las pobreza es
esta pobreza decente y semi-aristocrática, resulta
que en la presente abundancia de dones no hay uno
que me venga á mí derecho: tal es de negra y escasa
mi fortuna. Con mi mantilla de eneages no es co-
sa deirme á sentar con mi papeleta á la puer-
ta de la casa capitular para que me codee el sucio
mendigo ó me aplaste un callo algun asqueroso ga-
napan. Dicho se está que ni soy monja, ni quinto,
ni granadero, ni jamancio, ni encarcelado. El subir

á una cucaña por los doce del pico ya conoce usted que no es cosa ni para mi agilidad ni para mis circunstancias. Tampoco he de aventura me á coger monedas en la proclamacion, que al cabo allí lloverán mas puñetazos por alcanzarlas que los que racionalmente caben en mi cuerpo. Dícenme tambien que si sale mascarada tirarán dulces; pero dado caso de que alguno me toque, ¿á que sabe una yema cuando es postre esclusivo de algun plato de frijoles.

Contestaréme usted á esto que nada puede remediar, y lo peor es que tendrá usted razon; pero diz que el contar sus cuitas tiene en sí algo de consolatorio, y he aquí el solo motivo que me ha obligado á dirigirle esta mi carta, esperando, si no lo lleva á mal, le haga un sitio en su revista para que de esta suerte no me falte á lo menos el tristísimo consuelo de que me tengan lástima. Si tal hace, rogaré á Dios por la prosperidad y ventura de sus dominicales columnas, que es todo lo que puede hacer por usted y por ellas su atenta servidora.—*Una clase pasiva.*

F. F. A.

A. S. Y. B. A. REINA

DOÑA ISABEL II.

OCTAVAS.

Isabel, Isabel, tu faz preclara
que la paz con sus tintas arrebola,
es el astro fulgente que en Vergara
iluminó la atmosfera española.

Ora mi patria de adorarte avara
ciñe á tu régia fiente la aureola,
y esclama, odiando el criminal encono,
„nieta de San Fernando, sube al trono.“

La paz, la gloria, la ventura sean
los dulces frutos de rosal tan tierno,
y todos, todos cabe el trono lean
un porvenir de bienadanza eterno.

Los que su ruina péfidis desean
desciendan confandidos al averno....
que si España por Reina te pregonas
sabe guardar tu cetro y tu corona.

Sebastian Herrero.

Salve ¡REINA ISABEL! ya por el viento

Oigo sonar clamores de alegría,
El estampido del cañon violento,
De trompas y de cajas la armonía:
Vencida dé ruidos ciento á ciento
La iracunda discordia en este dia;
Porque será tu imperio sin segundo,
Prez de Castilla, admiracion del mundo.

A. de Castro.

SILVA.

Asciende, oh Reina, al solio deseado,
Asiento un dia de la Isabel primera,
En medio de tu pueblo enagenado
Que fiel te acata, y tu poder venera.
No ya negra traicion el pecho anida
De españoles sin fin que te saludan
Cual soberana Reina de Castilla:
No ya torpe mancilla
El brillo empaña que tu sien rodea;
Libre el pendon ya ondea
Por los inmensos ámbitos de España,
Y á tu reinado augura
Largos años de paz y de ventura.
Mal pudiera mi plectro
Himnos cantar á tu naciente gloria;
Que aunque inspirado, ardiente,
Y en santo fuego el corazon henchido,
Es, Isabel, en vano; que rendido
Ante el brillo esplendente
De una esfera tan alta,
La dulce voz me falta,
Y en mis labios espira debilmente.
Y tu, bella Cristina,
Torna otra vez á tu felice patria.
No pieuses, no, que es hoy
Presa cruel de la ambicion menguada;
Que tu ISABEL amada
A quien el pueblo adora,
Reina es ya de dos mundos, gran Señora.

M. Garcia.

Episodio teatral.

—Dame aquella espada que sacaste de daga
en el *Oscar*.—Cuidado que soy de carne.... quien
me dijo que las sábanas nacieron para capas.—
Que enciendan esas candilejas, que es hora ya.—

Apuntador!! Francisco, Alberto.—Ay! ay!!—Pumb!—Quien se cae.—Maria, me das la peluca que sacaste en la *Huérfana de Bruselas*?—Beso á usted la mano.—Pusieron el rompimiento de la *Marta*?—Falta quien haga de muerto.—Apuntador!!—¿Tiene propiedad esta comedia?—Y en medio de estos cien fragmentos que sue pierden y atropellan hasta morir en las bambolinas de cualquier teatro, uno sube, otro baja, aquel se rie, este canta, el de mas allá repasa á media voz su papel, el de mas acá se está apretando las botas del tiempo del Imperio, por aqui tres ó cuatro comparsas, por allá el director dando al demonio el músico que no llega con el bombo que ha de figurar la tempestad en el último acto de la comedia.—Fuera, *de telon afuera*, y gente que va entrando, la música afina, y bullicio y desorden. Esto es cruel á la par que dulce para los actores; porque dice que se acerca la hora fatal, al mismo tiempo que da á entender que habrá una buena entrada. Ya baja un cómico con un frac que pasó muchos días de claro en claro, en la prendería de algun callejon, pero que viene cubierto con los galones del sombrero de tres picos con que llegará engalanado el segundo galan, y el cual se contonea por ver si se descubre alguna pieza que trae el pantalon, muy parecida á nuestros arreglos dramáticos: ya llega el gracioso y llama al «primer consueta» para que suprima cien renglones porque... (no los sabe!) porque no son de interés... ahí no estaba feliz el traductor!!... cosa hecha: la relacion queda desde este instante anulada con su correspondiente línea al lado. El barba sale del ropero tieso y derecho porque ensayándose al espejo, vió que así era como representaba su dignidad, y lo cierto del caso es que ojos perspicaces traslucen bajo el gran pañuelo á los Luis XVI algo de duro y huesoso. Sacrificios artísticos!! Vendrá el pescuezo en prensa, pero todo lo recompensan los aplausos. S que fuera el bullicio, la música, y se perciben voces que piden ya que se empiece la funcion. Ahora todos los actores se apiñan en el foro, y vuelven á levantar una terrible *partitura* de peticiones para el pobre guardaropa.

Gracioso. Necesito la campanilla con que Mr. Caramañoli llama á la casa del duque.

Primera dama. El retrato que yo enseño á Mme. Raqueterie.

Barba. La cadena... aunque sea la que sacamos en el *Salvati de Lázaro*... para atar las manos de la condesa!!...

Director. Andar listo... ya vino el aviso del alcalde... presto, prestísimo.

El guardaropa no tiene pies ni manos para andar, y dar á este la campanilla, á aquella el retrato, á esotro la cadena... andan con los comparsas... con el farol que no tiene aun las luces... Maldicion!! esto es morir.

Gracioso. El cascabel que Mad. Raqueterie pone al Lorito en la escena 4.^a del acto 1.^o

Segundo idem. Los anteojos... los que sacó Quevedo en el *Monarca y su Privado* ¿que importa? Tengo el papel del periodista Mr. Padin.

El director pateo, la música se va á acabar y no hay remedio que tiene que empezar la funcion. Ahora vése el barba con los comparsas y les dice:

—Cuando yo salga, yo que hago de Paragui, músico italiano, cada uno de vosotros me entregará un libretto.

Director. Que entiendan de libretto... un cuaderno...

Barba. Bien... pero... segun veo no los teneis...

Muchos. Que se saque eso... Apuntador!!

Y entre que viene y no viene el guardaropa con los papeles, y se ensaya ó no se ensaya los comparsas, dando tres palmadas el director dice.

—Arriba el telon.

Todos los que estaban en el foro platicando *artísticamente* con las actrices se dispersan—cuantas veces por mal de mis pecados me tiene sucedido esto—y héteme ahí que al alzarse el telon y al aparecer el director afectando galanteria con Mme. Raqueterie, el público palmotea á una m... del siglo XIX que da por una ventana á los filarmónicos del siglo XVIII una gran porcion de música que cae en el suelo, y con lo cual Mr. Padin salva una buena porcion de versos. Nada importa esto: un episodio!!... No hay catástrofe teatral que deje de proporcionar algun consuelo al actor.

A Neira.



EL PINTOR Y EL MODELO.

ESCENA

que prueba la utilidad del diablo.

Tengo un amigo pintor llamado Filopemen Mantz. No quiero entreteneros en la fórmula acostumbrada de dar á conocer á mi amigo como digno rival de Wandik ó de Rafael; porque si Filopemen tiene ó no talento no hace al caso. Lo mas importante es que sepa, que Filopemen es amigo mio, que suelo ir á visitarle, y que en su taller es donde vi con mis mismos ojos la escena trágica que voy á contaros.

Era el mes de Setiembre; Mantz iba á empezar en aquel tiempo un gran cuadro, de un objeto bíblico y lo mas clásico del mundo: Adán y Eva en el momento de cometer su pecado. Ocho días antes el artista habia avisado á dos admirables modelos, destinados á representar en su cuadro á los primeros padres de todo el género humano. En cuanto á la serpiente tentadora,

Filopemen estaba aun indeciso, porque era necesario crear este personaje puramente de imaginación; Mantz tomó un pincel y deseando no faltar á la verdad histórica abrió una biblia para inspirarse con su lectura. De repente arrojó el pincel y cerró el libro. Mantz no se determinaba á dibujar una serpiente con cabeza y piel humanas. Entonces pensó en ponerle escamas y el cuerpo de un dragón; pero bien pronto abandonó esta idea, temiendo que le acusasen de *apocalíptico* ó de *mitología*; en fin, para conciliar todo lo posible su repugnancia, sus deseos de originalidad y su respeto á la tradición, se decidió á pedir prestado al teatro de la *Opera* el maniquí vestido de tambor mayor infernal del baile de la *Tentación*.

Llegó el día de empezar el cuadro. Mi amigo se levantó al amanecer, limpió la paleta, molió los colores, preparó el lienzo y cruzó los brazos, esperando con paciencia la llegada de su Adán, de su Eva, y de su eterno enemigo de la gente mortal. Yo tuve la suerte de ir este día á su taller sin que me hubiera avisado.

—¡Ah! me dijo: llegas en buena ocasión, pues hoy empiezo mi obra maestra. Sientate y verás una maravilla: la criatura mas hermosa que ha salido de los brazos de Dios. Unas horas, continuó con el entusiasmo de un artista, que pueden avergonzar á la antigua Venus.

Mantz seguía hablando, y no sé si pensaba concluir; pero por fortuna, llamaron á la puerta.

—Es mi Eva, exclamó Filopemen corriendo á abrir.

Un instante despues Eva entró en el taller con un vestido de seda negro y un lindo sombrerillo de color de rosa.

—Vamos ¿que te parece? me dijo mi amigo en alta voz y poniendome en frente de la jóven.

Esta muger me causó maravilla, pues no era como las demas mugeres; la hermosura de su rostro consistía sobre todo en la pureza angelical de su mirada y en la armonía que reinaba en sus facciones y su expresión. Su cutis era blanco como el marfil, y sus cabellos negros como el azabache; lo que me llamó mas la atención fué el sentimiento de candor, sencillez y tristeza que brillaba en su fisonomía. En cuanto á su honor, Mantz la habia culmiado; esta muger no hubiera hecho condenar á ningun ser humano; su aspecto no despertaba en el alma sino lástima y simpatías.

Entre tanto el modelo iba á empezar su tocador, que consistía en quitarse sus vestidos... La pobre niña buscó en vano con la vista en la sala una mamapara, un lienzo, un asilo cualquiera á su pudor.... No hay que reirse de este sentimiento de decencia, que parecerá pueril á algunos. A medio desahudar recuerda el modelo que es muger; desnúdase despues completamente y la muger no es ya mas que el modelo.

Mantz estaba impaciente, y viendo que la pobre Eva no se daba prisa se puso á ayudarla. El cuello le tenia ya descubierto y el sombrero y la pañoleta estaban sobre una silla.

Yo, aunque me tachen de pusilánime, sufría en mi interior. Filopemen me gritaba:

—Es magnífica; pero deja que venga mi Adán, la perla de los modelos: es tan admirable en hombre, como esta en muger; deja que venga el divino, el sublime Luis...

Yo tenia los ojos fijos en Anzola: en este momento la vi estremecerse convulsivamente; iba á soltar el úl-

timo ojete de su corsé: se detuvo, y adelantándose hácia el pintor, le preguntó con voz alterada:

—Maestro, ¿es Luis Casaciello de quien hablais?

—El mismo, Anzola.

—Entonces, dijo recojiendo su ropa esparcida por el taller, buscad otro modelo, porque me marchó...

—¿Qué estás diciendo? interrumpió Mantz pálido de cólera y sorpresa.

—Digo que me voy, repitió Anzola continuando sus preparativos.

Mantz corrió á la puerta, quitó la llave despues de cerrar, y la dijo con sonrisa irónica:

—Vete ahora.

—Corriente, dijo Anzola con frialdad y poniendo sus vestidos en el brazo de un sillón; me quedo, pero habrá sangre derramada.

El modo con que pronunció estas últimas palabras y el trastorno de las facciones de Anzola me helaron de terror.

—Mantz, le dije, alguna escena terrible va á pasar en este sitio; dale la llave á esa muger para que salga.

—¡Ah! habías de salir con tus ideas novelescas, me respondió riendose: vosotros, escritoreillos, en todas partes encontrais dramas y escenas trágicas. ¿Quieres saber la causa de todo esto? celos del oficio. ¡Sangre, derramada! ¡qué atrocidad...! algunos arañazos y todo se concluye.

—Vamos, Mantz, dale la llave, repliqué insistiendo.

—¡Vete al diablo! exclamó el pintor tirando la llave al suelo con rabia.

La coji al instante y se la ofrecí á Anzola.

La jóven me dió gracias con la vista, y me dijo con firmeza y calma:

—No: ya no me voy; hace tiempo que buscaba esta ocasión, y ahora que se me presenta no la dejaré escapar. ¡Dios y San Genaro exigen que me quede! La voz de vuestro amigo me lo ha revelado y me quedaré.

Entonces cogió la llave y fué lentamente á meterla en la cerradura.

Mi primer pensamiento fué quitarla, pero Anzola me contuvo por la mano, y lanzándome una mirada fascinadora repitió: *San Genaro exige que me quede*.

No sé de qué provendría, pero esta muchacha me daba lástima. Todo lo olvidé, hasta la llave fatal. Anzola se habia sentado y acababa de empezar la relación simple y triste de su vida, y os juro que era lance grave y tierno al mismo tiempo oír aquellas palabras llenas de amargura salir de los labios pálidos de aquella muger hermosa y medio desnuda; y mientras que Mantz saltaba en un rincón de la sala, el modelo contó lo siguiente.

Casaciello y yo hemos nacido bajo el azulado cielo de Nápoles. Nuestros padres eran pobres pescadores de la costa de *Mergelina*. Nuestras cabanas estaban juntas; ambas familias vivían en la mayor intimidad, y el mismo afecto debia unir á sus hijos. Para mí era Casaciello un hermano, y él no me llamaba mas que hermana. El, un pobre *lazzarone*, yo una pobre hija del pueblo, pasabamos los días juntos corriendo tras las pintadas mariposas en las secas orillas del *Nornello*, ya cogiendo conchas en la bahía de *Puzoli* ó las lavas de la *Solfatana*, ya esperando en los caminos reales á los viajeros para venderles nuestros pequeños tesoros. Así pasa la primera edad de los hijos de

Nápoles: así corrió la nuestra; pero todo se desvaneció muy pronto en nuestro clima abrasador. Llegué a ser una joven y Casaciello un hombre. No os diré que era bonita; pero cuando los días de fiesta iba a misa a la ciudad, en todo el arrabal de *Chiaja*, donde era conocida, me saludaban con el sobrenombre de la *linda Anzola*. En cuanto a Casaciello, si pasaba por la calle de *Toledo* con su gorro encarnado de lana, su calzon estrecho de terciopelo negro, su cara risueña, su noble presencia y su mirada afable y activa a la vez, los jóvenes le consideraban con envidia, y algunas elegantes de la *Villa-Reale* se volvían tímidamente para verle.

Nuestras edades no nos habían separado. Siempre estábamos juntos; solo que ya no corríamos como en nuestra niñez; errábamos largo tiempo por la playa con los brazos enlazados, sin pensar en nuestras anteriores diversiones, silenciosos, meditando algunas veces todo un día, y cuando concluía, separándonos con sentimiento.

Casaciello tenía diez y nueve años, cuando yo iba a cumplir quince.

Un día nos detuvimos mas tiempo del que acostumbábamos en el arenal de *Posilipo*. La noche se acercaba. Los últimos rayos del sol moribundo se habían ocultado detrás de las alturas de *Ischia*. La mar estaba tranquila y tersa como un espejo de Venecia; las estrellas empezaban a romper el velo de la noche, y al resplandor rojizo del Vesubio se veía pintarse en la penumbra la vela retardada del pesador, cuyo canto monótono se perdía en el espacio. Ambos contemplábamos este admirable espectáculo... De repente sentí los ardientes labios de Casaciello estampar un beso en los míos.

Levantéme trémula, y agarrándole una mano corrí hacia Nápoles y llegamos al arrabal de *Fuori di Grotta*. Me detuve en frente de la iglesia de San Genaro; penetré luego en su interior, llevando conmigo a Casaciello y fuimos a arrodillarnos en una capilla oscura a los pies de nuestro santo patrono, alumbrado por una lámpara sencilla; allí dije a mi compañero:

—Luis, supuesto que nos amamos, pronuncienmos nuestros juramentos delante de esta sagrada imagen.

—Fúrote amor y fidelidad, respondió Casaciello con voz solemne; y si alguna vez soy perjuro, San Genaro que nos oye, me maldiga y te dé valor para vengarte.

En seguida echamos a andar, y al llegar a la puerta del templo, dije a mi amante:

—Desde este instante te pertenezco...

El modelo continuó después de una corta pausa:

"Al año siguiente se marchó Casaciello secretamente del país, con una cómica francesa que había hecho mucho ruido en Nápoles, y de la cual se había enamorado perdidamente. Yo iba a ser madre, é instruido mi padre por una torpe indiscreción de Fr. Pablo, mi confesor, me malijó y echó de su casa.

En mi angustiosa posición no me quedaba otro partido que buscar a Casaciello y seguirle. Resolvíme a ello, pero antes de abandonar a Nápoles para siempre, fui a derramar una lágrima y a rezar por última vez al pie de San Genaro. La nave de la iglesia estaba sombría y desierta como la noche de nuestro juramento; caí agoviada de dolor sobre las húmedas losas; parecióme que el rostro del santo se sonreía, y creí

oír una voz sobrehumana que repetía en mi oído estas palabras del traidor Luis: *Si alguna vez soy perjuro, que San Genaro te dé valor para vengarte.*

Aquella misma noche emprendí mi vinge: en dos días llegué a Terracina, y caminando siempre a la suerte entré al mes en Florencia. Cuando llegué a esta ciudad no se hablaba mas que de dos actores que estaban de paso y que hacían furor en el teatro de *Cocómoro*. El entusiasmo era tal que hasta en la miserable posada adonde fui a parar se ocupaban de ellos. Enteréme bien: el retrato que me hicieron de los dos artitas, y sus nombres, no me dejaron duda de que eran los que buscaba. Pregunté donde vivían, y fui a verlos al día siguiente. Dios me había guiado; los encontré; Luis al verme se puso pálido é inmutado, pues la francesa estaba con él.

—Casaciello, le dije, vengo a buscarte, porque no tengo mas familia ni mas amparo que tú: vengo a buscarte, porque eres mi esposo delante de Dios, y porque por causa tuya mi padre me ha maldecido y abandonado.

Casaciello me miró, y fijando después su vista en la francesa me dijo:

—*Diavolo!* Siento mucho, pobre Anzola, tus desgracias, pero, mujer...

—Escuchame, le repuse conociendo lo que iba a contestarme: escuchame, Luis y responde sin mentir: ¿quieres arrojarme de aquí? Dilo francamente; pero recuerda las palabras que hace un año pronunciaste en la iglesia de *Fuori di Grotta*.

—Sí, es verdad... la iglesia de *Fuori di Grotta*... y la capilla... me acuerdo, pero...

—Luis, acuerdate que dijiste: *Te juro amor y fidelidad, y si alguna vez soy perjuro*...

—*Verjine Maria!* exclamó dándose un golpe en la frente; recuerdo todo eso, Anzola... pero, debías conocer...

Mi corazón latió violentamente, y con trémula voz le dije:

—Demasiado veo que eres un miserable, conozco que pretendes callar tan terrible recuerdo. Si fuese sola en el mundo te despreciaría como mereces; pero soy madre, ¿entiendes? soy madre. Da gracias a tu hijo, porque una me vengaría, me vengaría como se vengaba una italiana.

Después de haberle dicho estas palabras me iba a marchar, pero tuve que detenerme en la puerta; las fuerzas me abandonaban y empecé a llorar. La francesa, que había callado durante esta escena, se acercó a Luis para decirle:

—Convendría quedarnos con esta muchacha, porque es joven y bonita, y con el tiempo puede ser una buena cómica.

—Tienes razon, contestó Casaciello.

Dirigióse hacia mí, y cojiéndome una mano, me dijo conmovido:

—Anzola ¿quieres quedarte con nosotros?

Como no sabía el frances, no comprendí entonces ciertas palabras que la querida de Luis le dijo; creí que mis lágrimas le habían conmovido, y que me demostraba algún cariño; pero poco después conocí perfectamente que me había equivocado.

Imposible sería pintarlos los crueles tormentos que tuve que sufrir el tiempo que permanecí con ellos: el ingrato se mostraba insensible a mis pesares, y con las caricias que prodigaba a su compañera me destro-

zaba el corazón. Algunas veces me ocurrió la idea de separarme de ellos, pero no pude decidirme.

Casaciello, en fin, resolvió poner término á mis amarguras y á sus desprecios. Un día que en Milán tuvimos varias contestaciones, me abandonaron y se dirigieron á París. Púsenme en camino, después de muchas fatigas, y llugué en los críticos momentos de dirigirme al hospital de caridad y dar á luz una pobre criatura, que solo vivió algunas horas. Restablecida ya tuve que salir del hospital y me encontré en la calle, sin recursos, y sin medios de buscar trabajo; solo poseía algunos reales para comer una semana, y una belleza que podía serme funesta.

En los ocho días siguientes hice todo lo posible para encontrar alguna colocación honesta en que hacer frente á mis necesidades; pero en vano, porque en todas partes me repelían, y solo ví adelantarse terribles y amenazadoras la miseria y el hambre. Un día supe que la querida de Casaciello le había abandonado, y que este, despreciado y silbado en la escena, se había hecho modelo. Como esto hizo eco en la ciudad, tardó poco en llegar á mis oídos. Mi hijo no existía, que era el único que pudiera haberselo opuesto á mi venganza; hicime también modelo al natural, considerando que la suerte proporcionaría nos encontrásemos alguna vez, y entonces....

Anzola iba á continuar, cuando en el estrecho corredor que conduce al taller de Mantz se oyó una voz sonora que cantaba una romanza italiana.

Anzola se estremeció exclamando con voz alterada: —El es ese es Casaciello.

Quise detenerla, pero fue en vano; porque mas rápida que un relámpago descolgó de un trofeo que allí había un largo pañal, se lanzó á la puerta, atrióla ella misma y descargó el golpe fatal...

Un cuerpo pesado é inerte rodó por el suelo. Di un grito, y Anzola dejó caer el pañal en tierra, cubriéndose el rostro con las manos.

—Soberbio estudio de Clitemnestra, dijo Mantz cruzando los brazos en ademán contemplativo.

Una estrepitosa careñada resonó de repente en el taller.

—Bravo! bravísimo! el diablo ha muerto, dijo Luis Casaciello.

Levanté la cabeza, y vi efectivamente al mismo italiano, que continuó dirigiéndose al pintor:

—Per Dio Santo, maestro, ¿sabeis que ha sido esta una admirable escena de tragedia? Pero decidme: ¿para esto me habeis mandado buscar un maniquí al vestuario de la Opera?

Creí que estaba soñando, porque miré á Luis y era él; miré después al suelo y vi... nada menos que al demonio del baile de la *Tentación* con los brazos extendidos hacia adelante, partida la cabeza y dando con la frente en los ladrillos. Entonces conocí el error: Anzola había dado de puñaladas al maniquí. Una feliz casualidad hizo que el mismo Casaciello se encargase de traerlo, y esta circunstancia le había salvado la vida. En aquel momento sentí una alegría inesplicable; pero no había concluido todo. Me precipité entre Anzola y el modelo, siendo en vano, porque la pobre joven no era temible ya: se había desmayado. Diríjeme á Casaciello, quien acababa de reconocer á su antigua amiga y paisana, comprendiendo fácilmente lo que había pasado.

—Has hecho muchos ultrajes á esta muger, le dije

y es preciso repararlos, en nombre de la humanidad, en nombre de su amor...

—En nombre de mi cuadro, sobre todo, que no podría empezar, interrumpió Filopemen. Cádate, Luis, te lo suplico...

—Per Bacco! respondió este meneando la cabeza y mostrando con un gesto significativo al diablo tendido á sus pies; creo que es lo mejor que debo hacer...

—En ese caso, dijo Mantz cogiendo su sombrero y su bastón, vamos á la parroquia y todo queda arreglado.

T.

TEATRO PRINCIPAL.

FIESTAS REALES.

No recordamos haber visto jamás tan brillante y bello este teatro como le vimos la noche del Viernes 1.º de Diciembre. Inmensa y escogidísima era la concurrencia, y las hermosas hijas de este suelo realzaron con sus naturales gracias y con el esplendor del lujo y de la elegancia aquel acto en que se hermanaban la cordialidad del gozo mas puro con la compostura reclamada por la etiqueta. En el palco del ayuntamiento se había colocado un dosel, bajo el cual se veía el retrato de nuestra joven reina brillantemente iluminado. Una guardia de honor compuesta de sargentos primeros de la guarnición daba centinelas.

El ayuntamiento presidido por el gefe político, ocupaba las galerías inmediatas, y al toque de marcha real, puestos en pié todos los concurrentes, se recorrió la cortina que ocultaba el dosel en medio de repetidos vivas á S. M., á la Constitución, á los valientes defensores del trono, y á nuestras autoridades locales. Victoreóse también la gloria del general Leon, y hubo un recuerdo de aprecio para la madre augusta de nuestra reina.

En medio de tanta alegría llovieron profusamente sobre las lunetas papeles de diversos colores con el himno que á continuación copiamos compuesto por nuestro estimable colaborador don Francisco Flores Arenas.

Los actores al salir saludaban al real retrato, los concurrentes todos permanecieron descubiertos durante la función, y á pesar del placer con que siempre es oída la comedia titulada *La rueda de la fortuna*, reprimieronse no obstante los aplausos por exigirlo así la etiqueta de actos semejantes.

La portada del teatro se hallaba adornada vistosamente é iluminada con vasos de colores.

En otro número hablaremos de las demás fun-

ciones ejecutadas en los días 2.^o y 3.^o de las fiestas de proclamación.

Coro.

Cubran la patria lanza,
la oliva y el laurel,
pues iris de esperanza
sube al trono Isabel.

ESTROFA 1.^a

REINA del Océano,
bella ciudad de Alcides,
tu cuyo esfuerzo en lides
celebró nuestra edad,

Haz que al mirar tu gozo,
diga de tí la historia:
„si fué primera en gloria,
primera fué en lealtad.“

2.^a

No mas civil discordia,
agitará su tea,
no mas España sea
de la Europa baldon.

No llorarás, ó patria,
de hoy mas bastardo encono,
que ante la luz del trono
se eclipsa la ambicion.

3.^a

Ved cual sobre las olas
alza Cádiz su frente,
ved su gozo esplendente,
sus cánticos oíd.

O Isabel, de tu solio
base son sus almenas,
que aun corre en nuestras venas
sangre leal del Cid.

4.^a

Bajo la sacra egida
de libertad y leyes
la nieta de cien reyes
hoy al trono subió.

De otra Isabel la sombra
dile en su alta silla:
„cual tú reiné en Castilla,
sé grande cual fui yo.“

5.^a

Por tí el pendon sagrado
tu fiel ciudad levanta,
allí donde su planta

no estampó la traicion.

Y cuando ora promete
defender tu corona,
su juramento abona
el trueno del cañon.

6.^a

Renovad, ó Españoles,
el grito sacrosanto,
el que la patria en llanto
á sus hijos dictó.

Que Dios salve á la Reina,
clamaron los iberos,
y sobre sus aceros
la Reina se salvó.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS PARA ARTISTAS Y CRITICOS.

Primero. No adorarás mas Dios que los dioses poéticos, ni tendrás mas ideas que las del principio divino y la moral que son innatos en el hombre.

Segundo.—De ningún modo debe ser tu ídolo un maestro exclusivamente, á quien el vulgo ignorante, respete hasta el punto de llamarle inmortal: sobre todo, te guardarás de copiarle servilmente.

Tercero.—No citarás en valde el nombre del génio que te inspira y que reverencias, porque la posteridad no dejará impune al que abuse de su propio nombre en todas las naciones.

Cuarto.—Honrarás á tus padres con el estudio continuo, á fin de ser feliz en la tierra y vivir largo tiempo en tus obras.

Quinto.—No matarás al génio que empieza á tomar vuelo, ni al mérito que te ha elevado. A aquel cuyas obras critiques, no has de reparar en su figura para valerte de personalidades.

Sesto.—No serás adúltero con las musas y las gracias, pero serás casto y decente en tus palabras y obras.

Sétimo.—No robarás las ideas y el talento de otros, citando siempre el manantial que te los ha proporcionado.

Octavo.—No levantarás falsos testimonios, es decir, no variarás ni desfigurarás las ideas de aquel á quien criticas; no referirás anécdotas de él, y no te aturdirás en las disputas literarias, procurando terminirlas amigablemente.

Noveno y décimo.—No escribirás solamente por adquirir reputación ó por tener un destino y honorarios, sino por seguir tu vocación artística.

Estos son los diez mandamientos; he aquí el oncenno, segun las palabras que diuje Jean-Paul á sus compatriotas, en su tratado sobre la Estética: „Antes de todo tened génio y adelantareis mucho.“

TEATRO DEL BALON.

MASANIELO, drama en 5 actos.

Harto conocido es ya este personaje histórico para que deje de colegirse cual será el argumento del drama de que es protagonista; pero como se separa bastante en los accidentes de la ópera titulada *La muda de Pórtici*, no estará de mas el que nos ocupemos brevemente del de aquella producción.

Supónese aquí al pescador perdidamente enamorado de la hija de un conde, y supónese asimismo que este amor era correspondido; pero no es menester decir que los obstáculos para realizar union semejante eran punto menos que imposibles de vencer. No se necesitaba por cierto mucho orgullo en el noble padre para reusar decididamente semejante alianza, y ni aun es fácil concebir esta pasión, con especialidad en las ideas de desigualdad social tan arraigadas en aquella época. Así mirada la cuestión nos parece que el argumento de la ópera lleva en este punto notables ventajas al del drama. En aquel, el amor del hijo del virrey por la hermana de Masanielo no es mas que una calaverada nacida del juvenil desenfreno; pero su verdadero afecto es sólo para la que habia de ser después su esposa. Esto se concibe en la posición de aquel joven; esto es natural, cuando aquello no lo es en manera alguna.

Sigamos el drama. La repulsa del conde era ya un poderoso motivo para conspirar. El triunfo, la gloria, los honores, podian ser los únicos que elevasen su condicion humilde igualándole con el orgulloso conde, y esta circunstancia rebaja notablemente el precio de la colosal empresa que logró, aunque por poco tiempo, llevar á cabo; y decimoslo así porque el deseo de librar á su país de extranjero yugo no aparece como el móvil principal de su conducta: puede decirse que esto último es casi un pretexto, en medio de que se vale para ayudarse con los esfuerzos de los demás, los cuales no se hubieran prestado seguramente á sacrificarse por sola una personal venganza.

Llévase en fin á cabo la rebelion, Masanielo es declarado gefe; pero gefes de semejante origen rara vez conservan el poder sino á costa de obedecer ciegamente á los que aparecen súbditos suyos. Así es que una vez preso el conde en vano quiere salvarlo el pescador. Los sublevados le obligan á consentir en su prision y hasta á firmar su sentencia de muerte, si bien con la esperanza de poder salvarle por medio de un amigo fiel y generoso.

Entretanto cierto compañero del pescador, el hombre malo en una palabra del drama, se aprovecha de una ausencia de aquel para hacer ejecutar la sentencia del conde. El amigo encargado de su custodia tiene que ceder á la fuerza, y para salvarle emplea un medio que no dudamos en calificar de ridículo. Hácele tirar con pólvora, el

conde se finge muerto, como si fuera cosa tan fácil el parecerlo, y un pueblo entero que presencia la ejecución se traga aquel juego de cubiletes con la mejor fé del mundo. Aun hace mas. A favor de la vuelta de Masanielo, á quien estaba preparado un triunfo, el muerto y el vivo se escurren entre la gente y llegan salvos á los jardines del palacio. Sin embargo, como la hija del conde cree que se ha llevado á cabo la sentencia, dice á Masanielo entre imprecaciones que le aborrece. Este de sus resultas se vuelve loco, lo cual no le impide el que suban en un carro triunfal en vez de encerrarlo en una jaula.

Después de varios peligros y disfraces logra escaparse el conde, mientras su hija, satisfecha de su amante, le perdona y le vuelve á la razón; pero era ya tarde. Sublevados sus súbditos contra él por instigaciones de su colega, le acometen y cae muerto de un tiro, al mismo tiempo que las tropas del rey, mandadas por el conde, se apoderan de la ciudad. Huyen los asesinos, el hombre malo lucha con el amigo bueno y es vencido aquel por supuesto. Entonces se presenta el conde con sus soldados, y al mirar el cadáver de Masanielo esclama:

„Ved como el pueblo á quien le sirve paga.“

En general no nos pareció malo el drama, si se exceptúan ciertos pormenores que hemos apuntado. Está bien escrito, su versificación es buena, y hay muchos pensamientos filosóficos y bien expresados. Si á esto se agrega un interés, que si á veces es trivial no por eso se debilita en la marcha comun de los sucesos, tendremos la clave de los numerosos aplausos que en este teatro ha obtenido, aun dejando á parte los que obtuvieron ciertas alusiones y ciertos toques de circunstancias.

La ejecución no fue muy perfecta que digamos, especialmente en algunos á quienes se obliga á traspasar sus facultades. Dirémos no obstante que el señor Zifané, beneficiado de aquel día, se hizo oír con gusto. Anímele esto para seguir cultivando con aplicación los buenos medios que posee. F.F.A.

EL LABERINTO.

Periódico universal que se publica en Madrid los días 1.º y 16 de cada mes, adornado con grabados en madera de los mejores profesores; el número 2 contiene: Biografía de Espronceda por don A. Ferrer del Rio.—Comentario del Quijote por Clemencia, por don J. E. Hartzembusch.—Una semana en Madrid; martes, por don A. Flores.—Historia literaria por don L. A. de Cuesta.—Cain y Abel, novela, por don I. Gil.—Modas.—Reseña histórica de la imprenta, por don J. G. Moya.—Y variedades.—Se suscribe en Madrid, librería de don Ignacio Bois, calle de Carretas, núm. 8.—Precio de suscripción: 8 rs. mensuales y 10 en las provincias en las principales librerías. Imprenta de EL COMERCIO, calle del Vestuario.